

EL CASTILLO DE VILLACARRILLO. CONJETURAS ACERCA DE SU POSIBLE ORIGEN (IV)

Quiero comenzar justificando mis disensiones con el compañero de AHISVI, Fernando Mora Regil. Se queja y seguramente con razón, de mis formas utilizadas para poner de manifiesto mi disconformidad con su interpretación del torreón SE del castillo, sobre cuyo solar se levanta hoy la iglesia. Es posible que dejándome llevar de mi convencimiento de estar en lo cierto, convencimiento que hoy mantengo, yo no utilizase los términos más adecuados para expresarme. Le pido disculpas en el mismo espacio en que me expresara tan mal anteriormente. Supongo que su generosidad será capaz de concederlas. Pero, por supuesto, estas disculpas se refieren a esas formas poco adecuadas que, sin duda, utilicé, no al contenido específico de mis afirmaciones. Mis hipótesis acerca de la historia de este torreón las ofrezco a continuación y amistosamente las someto a su criterio.

Continuando con esta serie de trabajos acerca del castillo y de su evolución, desde que sus primeros cimientos los colocasen los almohades (o quien sabe si anteriormente, durante el califato), ha llegado el momento de referirme al torreón sureste, el que se encuentra en la esquina que da al patio de las escuelas graduadas, construidas, seguro que continuando con un desorganizado programa de demoliciones comenzado siglos atrás, ganando el espacio que ocupaban otros restos arqueológicos de la fortaleza (los últimos tal vez). No vamos a tratar, en este número, de los demás restos que desaparecieron con la construcción de “Las Graduadas”, sino solamente de los del torreón referido, y que, como digo más arriba, se pueden ver en el patio de las escuelas (hoy casa parroquial), justo en el rincón que se forma entre las paredes de este edificio y las de la sacristía. A los lectores que no recuerden bien la ubicación del mismo los remito a los planos de planta aparecidos en números anteriores (esquina superior izquierda). Es bien conocido este sitio por todos los villacarrillenses, aunque no siempre se le haya prestado demasiada atención. El torreón quedaba unido a la coracha que lo mantenía en comunicación con otro del cual ya hemos hablado suficientemente, y cuyas dependencias están ocupadas en estos días por el museo parroquial. Se supone que en el mismo también debió de confluír otra tirada de adarve, igualmente desaparecida, que recorría la parte sur del castillo (ver fig. 1). Lo que queda actualmente es un cuerpo prismático que puede verse tras la verja, en el interior del patio referido, y que ha sido, en ocasiones, interpretado como la totalidad del torreón. Se distingue la puerta ojival **P** que estuvo parcialmente tapada hasta hace muy poco tiempo, acabando de tapiarse durante las últimas obras de reparación realizadas, siendo párroco de la Asunción D. Manuel Peláez, hace apenas cinco o seis años. Para ver más detalles deberemos subir, por el Museo Parroquial, hasta el espacio cubierto en la parte superior de las bóvedas de la sacristía. Aproximándonos al fondo de este espacio, a la derecha, podemos ver la fábrica en piedra sillarejo de lo que fuera exteriormente el cubo, cuando no existiera la sacristía (siglos XV y XVI). Aún prevalece una saetera central. Naturalmente esta fábrica no es de origen árabe, por las razones que ya he explicado otras veces. En todo caso pudieron serlo los cimientos sobre los que más tarde se levantara. Lo primero que cabe observar es la discontinuidad entre los muros del torreón y los de la coracha, punto marcado en la fig. 1 de este capítulo con el signo **S**. ¿Cómo interpretar esta discontinuidad? Pues, evidentemente, admitiendo que ambas construcciones fueran realizadas en distintas épocas. Siempre pensamos que la atalaya pudiera ser de época posterior a la coracha. Ya que ésta parece cortada en la junta mencionada, podría pensarse que fue parcialmente demolida para dejar sitio a la torre de planta cuadrada. Pero entonces ¿qué sentido tendría el descuadre existente? La acusada oblicuidad entre las líneas de uno y otra viene determinada por el ángulo \square en la fig. 1. Por muy toscos que fueran los constructores, parece inverosímil que no guardasen un mínimo de alineación, en caso de que el torreón hubiese sido edificado cuando ya existían diferentes elementos construidos. Todo hace pensar que fuese levantado primeramente, completamente independiente del resto de la ciudadela. Admitiendo esto se justificaría el descuadre. Al existir con anterioridad este cubo, no tendría por qué guardar perpendicularidad con el resto de una construcción posterior. Una vez que, por los motivos que fuesen, se decidiera ampliar el recinto, la alineación de perímetros de los cerramientos obedecería únicamente a la razón de enlazar diversas partes del conjunto. Pero, teniendo en cuenta otras consideraciones, un torreón aislado, sin comunicación segura bajo protección defensiva, es un contrasentido. Tendría que haberse erigido enlazándolo con algo de otra posible construcción exis-

tente, que no hubiese tenido relación con la se hiciera a continuación. Por alguna parte de mi archivo de referencias, quiero recordar el haber leído que los pozos para abastecimiento de aguas, se protegían levantando en torno a ellos torreones, tratando de preservarlos de saqueos o envenenamientos si la fortaleza era sitiada. Pero también sería necesario comunicarlos de forma segura con el resto del recinto fortificado. La utilidad de un pozo aislado para surtirse de agua en caso de asedios, aunque estuviese al resguardo de muros de piedra, cuesta trabajo imaginarla. De manera que, aun siendo éste su origen, la única solución que podemos encontrar para el descuadre es que ya existiese un trazado diferente de un castillo previo, antes de que se llevasen a cabo ampliaciones o remodelaciones. O, ¿quién sabe, por qué descartarlo?, que por unas razones que se nos escapan, se construyese con este descuadre.

Según se ha dejado dicho en precedentes ocasiones, la coracha referida más arriba, en donde ahora se aloja parte del Museo Parroquial, se construyó sobre el adarve almenado descubierto que ya hubiera (Véase el capítulo correspondiente al nº 8 de AHISVI). Esta afirmación ofrece pocas dudas; se aprecian en las paredes unas discontinuidades que dibujan, a lo largo del recorrido, la silueta de una línea de almenas. Para comprenderlo mejor, ver el detalle UV de la fig. 1. Es decir, lo único que debió hacerse, cuando ya la primera construcción llevase años en servicio, debió consistir en cubrir este camino de ronda para hacerlo más seguro. Ahora bien, esta discontinuidad no tendría por qué ser determinante, pues solamente la apreciamos en la parte superior, sobre las paredes de la coracha (mientras el torreón presenta íntegra la continuidad de sus testeros). Siendo así, no podría descartarse que el primitivo adarve y el elemento descrito perteneciesen a una misma unidad constructiva, ya que el nivel del suelo actual ha sufrido recreci-

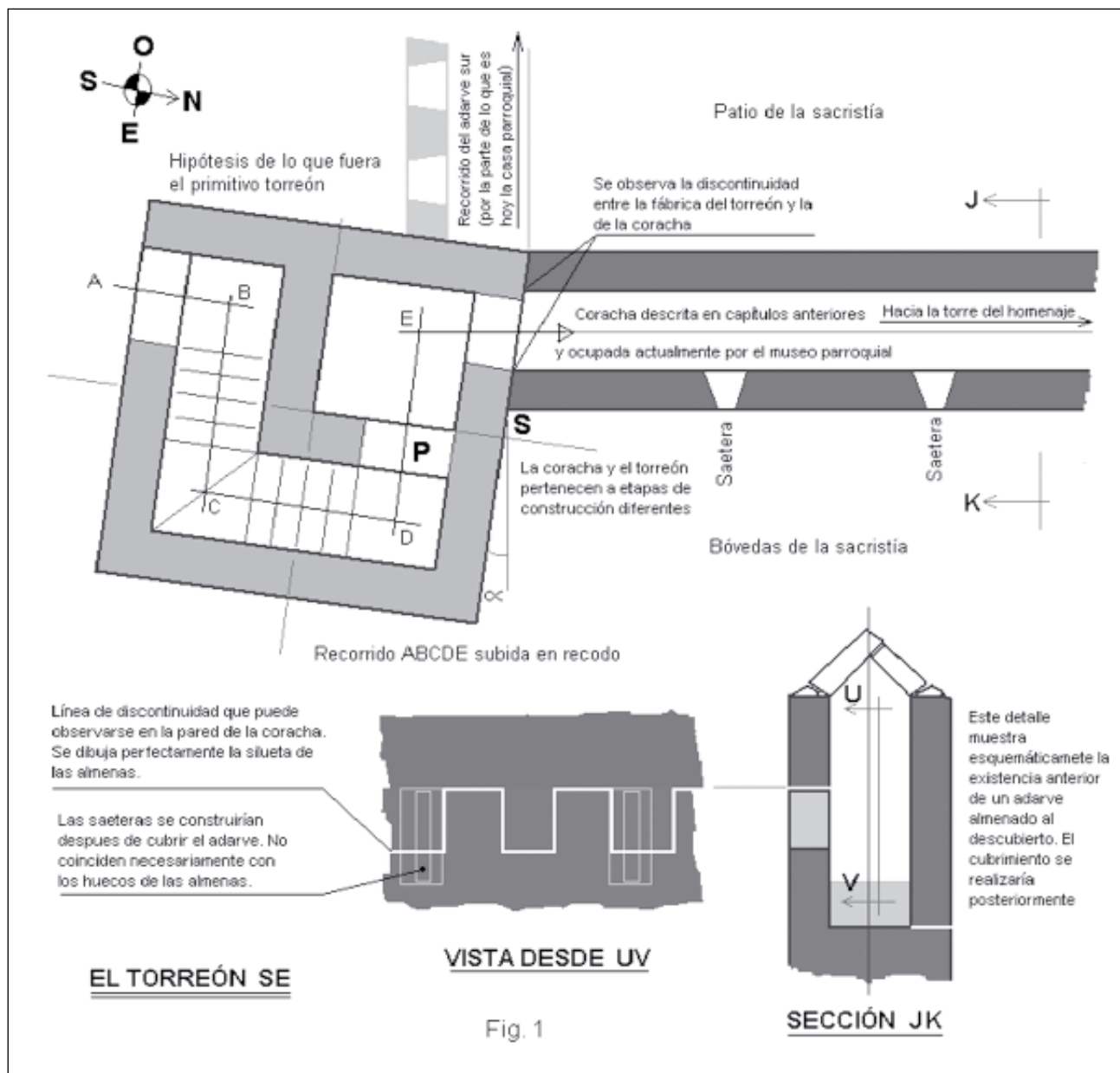


Fig. 1



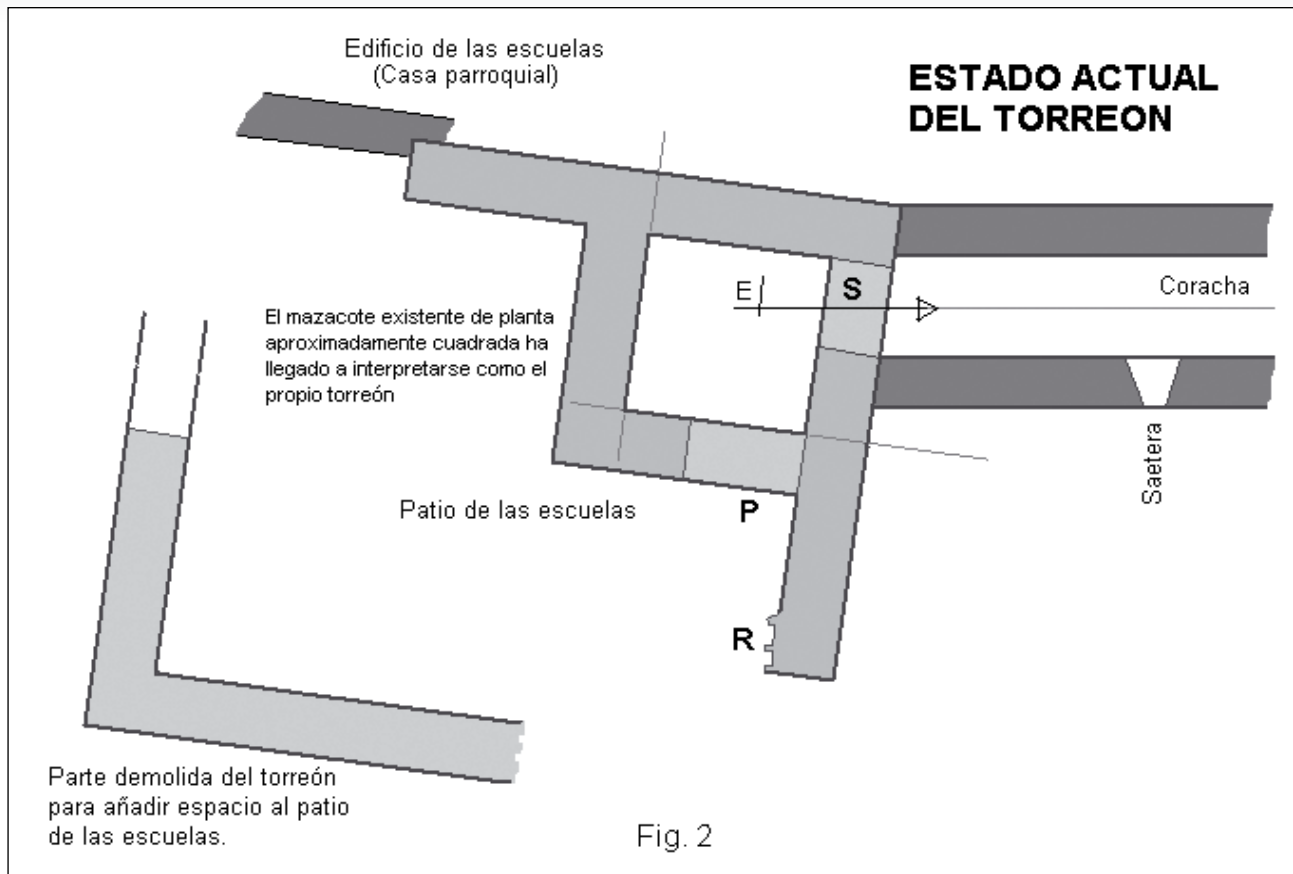


Fig. 2

mientos con las distintas obras que se han llevado a cabo a lo largo de años de derribos y remodelaciones de las dependencias de la iglesia y del castillo (resaltado en gris mas claro en la sección **JK**). El piso, al principio, probablemente estuviera un metro más bajo, o tal vez más. No podemos saber, no existiendo la posibilidad de demoler algo, si esas líneas de discontinuidad persisten en la esquina de que hablamos, por debajo de lo que ahora se encuentra recubierto, hipótesis que daría pie a convenir que el camino de ronda y el torreón pudieron hacerse al mismo tiempo, con el descuadre debido a las razones que fuesen. Pero en esta suposición no tenemos demasiada confianza, pues con todo ello no queda suficientemente explicada la cuestión del significativo descuadre.

De cualquier forma, parece indudable que durante los últimos tiempos de existencia operativa del castillo, el torreón y la coracha debieron estar directamente comunicados, a pesar del inexplicable trazado geométrico de sus muros. Probablemente en la base externa del primero existiese una puerta de servicio (acceso rápido), a través de una escalera perimetral en recodos, según se muestra en la fig. 1, que comunicase con la coracha, y esta con la torre del homenaje, la que ya hemos estudiado en capítulos anteriores. Este acceso pudo ser muy útil para la entrada y salida de personas a pie, evitando la apertura y cierre de grandes puertas principales para caballerías y carruajes. Una comunicación exclusivamente para el tránsito de personalidades importantes de la fortificación o visitantes destacados a la misma. El difícil recorrido, imposibilitaría la vulneración del acceso por artilugios y maquinas bélicas ofensivas. Esta hipótesis parece la más probable.

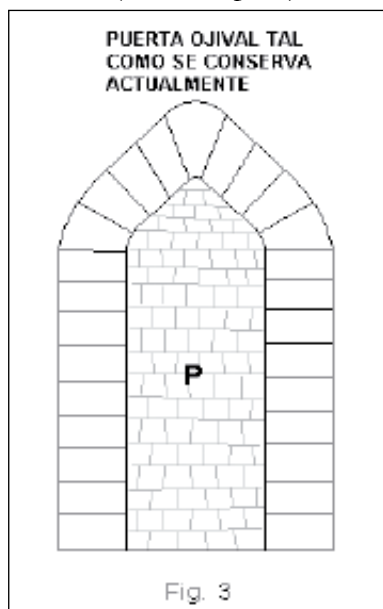


Fig. 3

Creemos que está lejos de toda duda que el baluarte defensivo perdurara intacto hasta los primeros comienzos del siglo XX (1912), fecha en que fueron construidas las escuelas. El lado sur de la fortificación estaría también limitado por un adarve, no sabemos si cubierto o descubierto, defendido solamente por almenas. En el centro de este camino se encuentra otro resto importante del castillo que perteneciera a una gran torre cuadrada, pero su estudio lo reservamos para próximos capítulos. Con la construcción de las escuelas, en la fecha indicada, desapareció no solamente la práctica totalidad del ala sur, sino además la mitad del

torreón sobre el que se centra el motivo principal de esta entrega. La demolición efectuada en el elemento del que estamos hablando se hace perfectamente comprensible observando la fig. 2. Una vez más se decide, en beneficio del progreso urbano y educativo de la ciudad, efectuar una parcial demolición de otra de las garitas que integraban el primitivo conjunto, pero conservando parte de la misma, pues su estructura soporta componentes adyacentes de la del castillo-iglesia. La prueba de que esto debió ocurrir así, es bastante contundente. En la parte marcada con el signo **R** en la fig. 2, se pueden ver aún, desde la calle, las piedras sobresalientes al descubierto, denunciando la rotura por este sitio. A la vista quedó el alma central, ese volumen prismático observable en la actualidad. La línea de la elegante puerta ojival, fig. 3 se dibuja perfectamente, una estampa que ya sirvió de portada a nuestro primer número 0 de esta revista, y que aparece en muchas otras publicaciones.

José Antonio Barberán